

# De cómo se vive en un narcopaís o *Flor de Capomo*, de Paul Medrano

*T*rigueñita hermosa, finge no mirarme. Finge que en México no pasamos los días sufriendo el agobio del noticiero que nos abruma con una lista inagotable de cadáveres despellejados, colgados, descabezados... Mañana o pasado, yo voy a tu casa y nada ha cambiado. Pero hay muchas historias subterráneas distintas a las que nos llenan de sangre las pantallas y los oídos de tanto machacarlas, historias que pueden divertirnos por sarcásticas, con ese humor negro que nos saca lágrimas de piedra, o robarnos una incómoda carraspeada, como quien hace que la Virgen le habla. Eso, con una gran tentativa de oralidad, nos narra Paul Medrano en *Flor de Capomo*. Con música de fondo, no sólo de los Cadetes de Linares o de toda la legión de cantantes y canciones de rancheras, norteñas, corridos, música de banda y un largo etcétera que, como el propio Medrano ha esbozado, los de la zona central de México apenas alcanzamos a distinguir. *Flor de Capomo* tiene en cada cuento un inicio musical y un epígrafe que va desde *Tex Tex*, Rigo Tovar, Chico Che y Charly García hasta *Real de Catorce*, que los académicos pretextan investigar con intrincados conceptos. Pero como es mole de olla, hay que darle a la rocola, trigueñita hermosa.

Entre los acordes de *Flor de Capomo*, Medrano se agasaja con situaciones risibles: un periodista que, para evitar el aburrimiento y la cruda, se mete unas líneas, pero el subidón que le provocan lo lleva a errores garrafales de ocho columnas; un chaval enamorado de una guacha que lo usa



Paul Medrano (2010), *Flor de Capomo*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, Conaculta.

como pretexto y escudo con sus padres para conseguir el permiso de ir a un congreso y ahí darle vuelo a la hilacha: pobre enamorado, se tiene que travestir mientras la cascota ligera se agasaja con “todos menos conmigo”; un campesino de la sierra que encuentra una bolsa de “cal” y con ella delimita el terreno de fútbol del pueblo, pero los militares descubren que la cal era cocaína y le dan el levantón para usarlo como chivo expiatorio; un asesino serial de homosexuales conocido como “el flor de capomo”; un hijo que se prostra frente a la lápida de su madre, y, mi favorito, un *dealer* que se liga y se cena a la hija del capo de la zona.

En “Polvo maldito” —esa

caspa del Diablo que tanto dinero genera—, el protagonista sufre de indolencia en un ambiente periodístico aburrido y lleno de fastidio. Agobiado por la cruda, el periodista se revienta unos pases para despertar, pero la hiperactividad le gana a la sensatez:

Pareciera que mis recuerdos fueron grabados en forward. Me veo frente a la computadora, tecleando rabiosamente frases que no alcanzo a distinguir. Hablo, pero sólo escucho un sonido típico de ardilla de Lalo Guerrero. Durante todo ese lapso parece que mis glándulas sudoríparas chuparon una pastilla de menta. Esto es vivir de prisa, no mamadas. Apurar la muerte...

Lo único cierto es que estoy despedido por haberme comido la R de la palabra “prelados” en la nota de ocho columnas. También cambié dos fotografías... La cocaína que me vendió Beto era pura, sin rebajar; “pura pluma de garza carnal... (Medrano, 2010: 17-18).

La situación genera risa y desparpajo, al igual que la del campesino que delinea la cancha de fútbol con cocaína. Los personajes de Medrano tienen un aire de ingenuidad que acentúa el humor negro de su contexto social: la omnipresencia de la droga, específicamente de la cocaína (que si no es una flor de capomo o de amapola, sí es la más productiva: \$).

Más que un libro de cuentos que se aferre al tren de la narcoliteratura, Medrano relata la vida de ese submundo de los adictos sin maldad, de los adictos por gusto y decisión, casi inofensivos. El único caso en que la sangre predomina, o el asesinato, es el de “Flor de capomo”; sin embargo, este escritor tamaulipeco no pretende profundizar ni en la psique ni en las situaciones que genera la narcoguerra. Aunque, entre líneas, explica en ese tono de humor negro cómo el asesino serial de homosexuales, y en general todos los sicarios, desarrollan la sed de sangre que alimenta la nota roja:

Nadie ha podido explicar cómo diablos es que a la gente le nace el gusto por la espesura de la sangre y el sonido descompuesto de la muerte. Algunos creen que todo comienza en el posperio: si el escuincle mama antes de que aflore la leche de los senos

maternos, lo que libará no será más que sangre, de ahí su simpatía por la hemoglobina (Medrano, 2010: 84-85).

Medrano, trigueñita hermosa, se da el lujo de jugar con la oralidad y la música; es un juego con respecto a *La Biblia Vaquera* de Carlos Velázquez. El caso más extremo es “Enseñame a olvidar” (léase con *Intocable* de fondo), en el cual sustituye vocales y consonantes con otros signos, como números y paréntesis. Resulta una divertida parodia de los juegos lingüísticos que el *chat* y las redes sociales permiten con gran libertad.

Tanto Carlos Velázquez como Paul Medrano pertenecen a una nueva generación de escritores del norte que soslayan la violencia frontal de los cuernos de chivo, las camionetas blindadas y las venganzas de los cárteles, para ahondar con humor e ironía en ese tránsito de país productor a país consumidor de droga. Esta literatura está llamada a pasar el *boom* de la narcoliteratura cuando sus autores se atrevan a dar mayor profundidad a los personajes (o quizá cuando puedan escribir con una convicción exenta del multichambismo de los escritores mexicanos); está llamada también a regodearse en la oralidad clasemediera, arribista y contundente en su léxico repleto de la inmediatez de la escritura en la red.

Quizá los académicos sigan deshilachando las bibliografías de los “grandes escritores”, consagrados por el tiempo y el mercado literario, pero, trigueñita hermosa, finge no fijarte y dale, démosle a esta literatura el beneficio de la duda, porque habrá de retoñar como los capomos que se encuentran en la flor.LC